

EL SEPULCRO DE JOSE ACEVEDO Y GOMEZ, EL TRIBUNO DEL PUEBLO

Por: el muy Rvdo. Padre JACINTO M^a
DE QUITO.

Misionero Capuchino del Caquetá, Putumayo y Amazonas

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3 y 4, Volumen XII
Tercer y Cuarto Trimestres de 1954*

Antecedentes

Marco Fidel Suárez, al tratar de la independencia de América dice lo siguiente:

Inmensos fueron los beneficios que recibimos de los reyes. Las leyes para los aborígenes del Mundo Nuevo estaban basadas en el Evangelio y en el espíritu de la Iglesia Católica. Además, España nos dio lo más precioso que hay sobre la tierra, que es la Religión de Cristo, y la hermosa lengua de Castilla. Pero, por desgracia, esas leyes y decretos tan benignos y humanitarios, puestos en manos de los empleados del Rey, se trocaron en escorpiones y flagelos¹.

A consecuencia, pues, de los escorpiones y flagelos, el Ecuador fue el primero en dar el grito de Independencia el 10 de Agosto de 1809 y siguió Colombia el 20 de Julio de 1810.

El ilustre y sabio Camilo Torres, para indicar a su amigo José Ignacio de Pombo el desprecio en que los peninsulares tenían a los ecuatorianos, le dice en carta del 18 de Septiembre de 1809: «Creen que Quito es un pueblo de indios, que con decretar la guerra ya están formados los ejércitos,

¹ Marco Fidel Suárez: *Sueños de Luciano Pulgar*.

conducidas las tropas y sujetos los rebeldes». Y el fanático José González Llorente, al pedirle un florero para festejar a Antonio Villavicencio que llegaba de Quito y simpatizaba con la independencia, dijo que no se lo daba, con palabras de desprecio para él y para los americanos².

Con estos desprecios y otros muchos, los ánimos se exasperaron e hicieron varias juntas para estudiar la necesidad y los medios de alcanzar la suspirada independencia.

Anocheía y el entusiasmo era mayor que las tinieblas. Tocábase a fuego en la catedral y en las demás iglesias. Los habitantes de los puntos más extremos de la ciudad acudían al llamamiento. Oleadas de pueblo con armas blancas se agitaban en la plaza y se precipitaban contra el palacio del Virrey. A voz en cuello gritaban: ¡Cabildo abierto! ¡Junta!

El virrey Amar, para contemporizar un tanto con el pueblo, convino en que se celebrara cabildo extraordinario, pero no abierto, y que en su nombre lo presidiera el oidor Juan Jurado. No conviniendo el pueblo a lo que ordenaba el virrey, se abrió una junta general de patriotas, a la que acudieron oidores, canónigos, cabildo, oficiales reales, curas de todas las parroquias, priores y provinciales, capellanes, hacendados y vecinos notables. Los que peroraron a la junta fueron, entre otros, Miguel de Pombo, Camilo Torres y José Acevedo y Gómez.

Al ver que unos se inclinaban hacia la Independencia y otros que no, Acevedo avanzó al centro de la sala y después de un valiente discurso declaró reo de lesa majestad al que se opusiese a la instalación; y luego desde el balcón que dominaba la plaza, arengó a la multitud, terminando con estas memorables palabras: «Si perdéis este momento de efervescencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes. Ved (y señalaba la cárcel) los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan!» Entonces el pueblo electrizado exclamó: « ¡La junta! ¡La junta!..

El Acta del 20 de Julio.

El movimiento grandioso y resuelto por la causa de la Independencia se consignó en un acta, que no podía llamarse con propiedad de separación de la Madre España, porque en ella se reconocía como monarca del Nuevo Reino al de España, Fernando VII.

El histórico documento hace una relación breve de los sucesos del día y de la noche, y consigna esta declaración:

² Jesús M^a Henao y Gerardo Arrubla: *Historia de Colombia*, II, pág. 326

Que se deposite en toda la Junta el Supremo Gobierno de este Reino interinamente, mientras la misma Junta forma la Constitución que afiance la felicidad pública, contando con las nobles provincias, a las que en el instante se les pedirán sus diputados, formando este Cuerpo el reglamento para las elecciones en dichas provincias; y tanto éste como la Constitución de gobierno deberán formarse sobre las bases de libertad, independencia respectiva de ellas, ligadas únicamente por sistema federativo, cuya representación deberá residir en esta capital para que vele sobre la seguridad de la Nueva Granada; que protesta no abdicar los derechos imprescindibles de la soberanía del pueblo a otra persona que a la de su augusto y desgraciado monarca don Fernando VII, siempre que venga a reinar entre nosotros, quedando por ahora sujeto este nuevo gobierno a la Suprema Junta de Regencia, Ínterin exista en la Península y sobre la Constitución que le dé el pueblo³.

Ahora viene el juramento sobre la constitución:

En manos del regidor y tribuno del pueblo, don José de Acevedo y Gómez, y a presencia del Cabildo, los Vocales presentes, puesta una mano sobre los libros de los Evangelios, y con la otra haciendo la señal de la Cruz ante un Santo Cristo, prestamos este solemne juramento: Juramos por el Dios que existe en los cielos, cuya imagen está presente, y cuya sagradas y adorables máximas contiene este libro, cumplir religiosamente con la Constitución y voluntad del pueblo expresadas en el Acta, acerca de la forma del gobierno provisional que ha instalado; derramar hasta la última gota de nuestra sangre por defender nuestra sagrada Religión Católica, Apostólica, Romana, nuestro amado monarca Fernando VII y la libertad de la patria; conservar la libertad e independencia de este Reino en los términos acordados; trabajar con infatigable celo para formar la Constitución bajo los puntos acordados; y en una palabra, cuanto conduzca a la felicidad de la patria ⁴.

¿Qué dirán los izquierdistas al leer esta Proclama de Independencia escrita ante la imagen de Jesucristo y con la mano sobre los Evangelios? **¡Oh témpora! ¡Oh mores!** Pues quisieran quitar de la Constitución el adorable nombre de Dios.

³ Colombia Jesús J.M. Henao y G. Arrubla, II pág. 329

⁴ ArrublaLugar citado, pág.; 329.

Pablo Morillo, llamado el pacificador.

Cuando el Rey de España don Fernando VII supo lo que pasaba en Colombia, para apaciguar los ánimos y recuperar sus dominios, nombró a Pablo Morillo. Este mismo dijo en la corte al iniciar la era de su dominación: «Si el Rey quiere subyugar estas Provincias, las mismas medidas se deben tomar como al principio de la Conquista⁵.

Ya hemos visto que las medidas que se tomaron fueron escorpiones y flagelos.

Inesperadamente entró Morillo a Bogotá la noche del 26 de Mayo. La ciudad lo esperaba adornada con vistosos arcos, banderas e inscripciones laudatorias a Fernando VII y al ejército expedicionario; pero Morillo rehuyó toda clase de obsequios.

Comenzó la matanza con el fusilamiento de Antonio Villavicencio, que había venido de Quito a secundar la Independencia. Fue fusilado por la espalda, previa degradación del título que tenía del teniente coronel del ejército real.

El 5 de Octubre presencié Santa Fe el martirio del **verbo** de nuestra revolución, Camilo Torres. La viuda Francisca Prieto quedó en la miseria y el Libertador Bolívar de su sueldo le señaló \$ 1.000 mensuales.

Día por demás aciago fue el 29 de Octubre, en que pereció, pasado por las armas en la plazuela de San Francisco, el sabio patriota Francisco José de Caldas. La ciencia, dice Zea, le estaba preparando un monumento, cuando el bárbaro levantó su cadalso.

Es digno de recordar el desagravio que hizo a Colombia el Rey de España Alfonso XIII por la muerte de Caldas. Pues el año de 1925 con gran solemnidad descubrió en el vestíbulo del Palacio de Bibliotecas y Museos de Madrid una lápida conmemorativa, que ostenta esta significativa inscripción: «Perpetuo desagravio de la madre España a la memoria del inmortal neogranadino Francisco José de Caldas⁶.

Lo que dijo también el gran polígrafo Marcelino Menéndez y Pelayo:

⁵ Informe de Murillo al Gabinete de Madrid, de 7 de Mayo de 1813 (Henao y Arrubla, pág., 410L).

⁶ Henao y Arrubla: Historia de Colombia, vol. II, pág. 428.

La temprana y trágica muerte de Caldas fue pérdida irreparable para las ciencias exactas y la geografía del país, respecto de la cual dejó estudios de gran precio. Su memoria es muy sagrada, su nombre ha salvado los límites de la patria.

Y al hablar de tan insigne varón, añade:

Víctima nunca bastante deplorada de la ignorante ferocidad de un soldado, a quien, en mala hora, confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas⁷.

El Tribuno del Pueblo, José de Acevedo y Gómez.

Hemos llegado al punto capital de tratar de los lugares y circunstancias que ocurrieron hasta llegar al sitio donde se ocultó el Tribuno, de los últimos días de su vida y de su desconocida tumba. Lo haremos sacando a la luz todos los datos que hemos conseguido; pero sin pretender que sean ellos la última palabra, pues, como se verá, hay documentos que aún no se han registrado.

Henao y Arrubla en la página 428 de su Historia dice de nuestro homenaje:

El Tribuno del Pueblo don José de Acevedo y Gómez huyó de la capital días antes de la entrada del ejército pacificador, y se encaminó hacia el sur buscando la salvación por el Amazonas. Después de un año de indecibles padecimientos que soportó en compañía de su hijo mayor, halló su tumba en las selvas vírgenes de los Andaquíes⁸.

Pero el **Boletín de Historia y Antigüedades**, órgano de la Academia de Historia Nacional, año I, N° 5, pone datos más precisos y muy interesantes sobre este hecho de la vida de Acevedo. «Entró, dice, a la región de los Andaquíes con su hijo Pedro el 2 de Mayo de 1816. Se despidió de su mujer y sus hijos, y tomó vías de Neiva y Suaza»⁹.

No pone que llegara al pueblo de La Ceja, que se encuentra no muy lejos del último, en la margen izquierda del río Suaza, desde donde se tomaba el camino que conducía a los Andaquíes y que actualmente es el mismo. Pero el que esto escribe, que lleva 48 años de misionero en el Territorio del Caquetá, ha tenido, no una, sino varias veces ocasión de preguntar a los moradores de La Ceja y de tratar con los descendientes de los Andaquíes, y todos concuerda en que Acevedo estuvo en La Ceja. Apellidos como Anturí, Imbachí, Samboní, Sabí, son comunes en aquella región, y según el

⁷ Lugar citado, pág. 428

⁸ Historia de Colombia, pág. 428.

⁹ Boletín de Historia y Antigüedades, año 1, 1 N° 5.

príncipe de la lengua colombiana, el irreparable Padre Marcelino Castellví, son apellidos auténticamente Andaquíes¹⁰.

Parece estar de acuerdo conmigo el historiador Adolfo León Gómez, de que Acevedo estuvo en La Ceja antes de entrar a los Andaquíes, pues dice del Tribuno del Pueblo: «Llegaren a Neiva y de allí se dirigieron a Timaná, y antes de internarse en la selva, en el último lugar de la provincia, despidió al negro que lo acompañaba con unos encargos para su mujer»¹¹. El último lugar no es otro que La Ceja.

Hay que advertir que aquella población no se llama La Ceja sino Acevedo, por cuanto la autoridad del Departamento del Huila lo bautizó con este nombre en memoria del Tribuno del Pueblo.

Sigue la relación del **Boletín de Historia**:

El cacique de los indios, Tonavirí, quien al ver a los fugitivos, les dijo: Soy jefe de una tribu numerosa. Mi nombre es Tonavirí, y a mi voz muchos guerreros asestan sus flechas y tiemblan todos nuestros enemigos. Esta choza que ves es mía. Hoy no habitan en ella sino mi hermana, su esposo y su recién nacido. Os tomamos bajo la protección del Espíritu que vela sobre mi familia. La chicha que les ofreció se llamaba castrí. El hermano de Tonavirí se llamaba Ultaró y su hermana Ayacuná. El Cura de Suaza (ya hemos advertido que no era Suaza sino La Ceja) cuyo nombre se ignora, les mandaba provisiones y noticias de lo que ocurría en el interior; también regaló un cuero para que durmiera Pedro, pues su padre dormía en una hamaca. El ajuar de cocina era muy pobre y escaso. Un día Acevedo comió unos aguacates y le dio un fuerte cólico que casi se muere. Pedro le dio agua tibia y logró que vomitara y se curó. Un compadre del cura, llamado Jaramillo, les llevó provisiones por orden del cura. Jaramillo los llevó a otro lugar, en donde vivían unos negros fugados de Popayán y que tenían la casa junto al río llamado Jesús (otros dicen Niño Jesús), y el dueño de la casa se llamaba Lorenzo y la mujer Lucía. Se creé que esta vivienda estaba cerca de la quebrada Las Verdes, en donde hay una cueva de piedra, y hay tradición que allí vivía Acevedo. En la casa de este negro murió, cuya muerte fue edificante. Pedro, acompañado de Lorenzo, salió para Suaza, a donde llegó en tres días. Algunos días después Pedro se hallaba en las cárceles de Neiva, oprimido con el peso de unos enormes grillos, devorado por la fiebre y agobiado por el pesar.

¹⁰ Amazonia Colombiana Americanista, Sibundoy, 1944, t. 11.

¹¹ Adolfo León Gómez: el tribuno de 1810, pp 9-20.

Hay una nota que dice:

Los sucesos aquí referidos son exactamente históricos y tomados de las relaciones repetidas por Pedro a su familia y de las minuciosas noticias recogidas en el mismo lugar por nuestro amigo el estimable coronel Anselmo Pineda, cuando fue Prefecto del Caquetá. El visitó a Lucía Cuéllar que aún existía, y recogió de ella los detalles sobre los últimos momentos de Acevedo¹².

Historia eclesiástica del pueblo de La Ceja.

Conviene historiar algo de lo que fue el pueblo de La Ceja mucho antes de que llegara a Él Acevedo Gómez.

A primera vista parecen algo utópicas las palabras del cacique Tonavirí, al decir: «Os tomamos bajo la protección del espíritu que vela sobre mi familia». Pero conviene recordar que aquel pueblo fue evangelizado mucho antes por los Misioneros Franciscanos, cuya acción se extendía muchas leguas a donde vivían los Andaquíes. Es de suponer por lo tanto que el cacique se refería al Espíritu Santo, del que debían tener bastante conocimiento.

Entre los muchos documentos que tengo a la vista sobre el pueblo de La Ceja, citaré la relación de una visita que hizo allí el Comisario de las Misiones, R. P. Fray Bonifacio del Castillo, por los años de 1770:

En este pueblo de San Francisco de la Ceja, dice, hallé de conversores a los Padres Fray José de la Concepción Vicuña y Fray Roque Amaya. El primero, doctor graduado en Derecho ordenado antes de vestir el santo hábito. Espero en Dios que al recibir esta carta V. E. ya lo habrá tratado y conocido, porque con dictado de todos estos RR. PP. le nombré y le di patente en ausencia mía de Vice-Comisario de Misiones de entre ambos Colegios de Popayán y Cali con todas mis facultades, según me ordena y permite la Bula de N. S. P. Inocencio XI, que sirve de norma y prescribe lo que han de observar los Misioneros así entre infieles como en los Colegios y está aprobado por el real Concejo.

El citado religioso me presentó los cinco libros del pueblo de San Javier, de indios Andaquíes y hallé que se componía de 289 indios y mestizos de todos estados, todos cristianos e instruidos en nuestra fe católica; todos los adultos confiesan y comulgan, a excepción de muy pocos que,

¹² *Boletín de Historia y Antigüedades*, año 1, N° 5.

retirados a legua y media de la capilla, por haberlas reprendido el referido Padre sus perversas costumbres, viven sin la debida obediencia a los misioneros; sobre cuyo asunto suplico a V. E. discurra y remita con el Padre Vicuña el más eficaz y oportuno remedio. Los varones casados con sus respectivas mujeres son cuarenta y nueve; los solteros, entre grandes y pequeños, noventa; las solteras ciento una. El número total de individuos, 289. El pueblo está situado en medio de dos cabeceras de dos montañas que dividen un río de suficiente caudal. De una y otra parte hay abundantes y frescos pastos; los indios tienen algunas pocas vacas y caballos; sus principales cosechas son plátanos, yucas, arracachas, y crían animales de cerda en abundancia; cosechan algún cacao y caña de azúcar y pesca, en que son muy diestros como los indios de adentro¹³.

Hay que advertir que tanto el que visitó La Ceja como el Misionero que lo cuidaba eran frailes connotados.

En el siguiente documento se verá cómo el pueblo de La Ceja fue escala, o sea punto de partida de los franciscanos que entraban a los Andaquíes para evangelizarlos:

El Rey de España había escrito su real Cédula en Villaviciosa el 5 de Mayo de 1759, por medio de la cual confiaba la conversión de los Andaquíes a los franciscanos de Popayán. Los frailes entraron a la conquista, marcharon los trabajos apostólicos prósperamente y sin mayores tropiezos hasta 1786. En esa época ya hubo necesidad de escolta. El virrey de Santafé proveyó a esta demanda. Y esto fue el punto de partida del fracaso. Hubo colisiones y encuentros, y los corregidores y comisarios se declararon contra los misioneros que reducían a los bárbaros indígenas .

Los misioneros defendieron su heredad confiada. Fundaron hasta diez pueblos en las orillas de los ríos. Hicieron exploraciones en sierras y sabanas. En 1789 gobernaban los pueblos de Solano, de indios Heraques; Puiyunti, de indios Payaguajes; en el río Orteguzza la nación o tribu de los Andaquíes en el mismo río; el de los indios Tamas en el río Caguán, y el pueblo de La Ceja, punto de escala de las misiones de los franciscanos¹⁴

Por último omitiendo muchos documentos, es oportuno citar al ingeniero coronel Francisco Requena, que en su carta geográfica, que dedica al virrey de Nueva Granada, señor Antonio

¹³ *Viajes misioneros* del R.P. Fray Fernando de Jesús Larrea, Cali, Imp. Bolivariana, 1947, pág. 137.

¹⁴ Lugar citado, pág. 126-127.

Caballero y Góngora, publicada el primero de Julio de 1788, al marcar los límites de las Misiones Franciscanas, pone el pueblo de La Ceja, pero con la ortografía antigua, **Sefa**, y lo coloca a la margen izquierda del río Suaza, como lo está actualmente.

Los indios Andaquíes.

Remontándome a muchos años antes que estuviera el Tribuno del Pueblo entre los Andaquíes, voy a citar un documento, que prueba cómo la lengua Andaquí era tan extendida en este territorio del Caquetá, que era lengua madre de muchas otras tribus.

En un informe que rindieron al rey Carlos III los Franciscanos, que cuidaban de esas misiones, se dice lo siguiente: «Las lenguas que como matrices se han notado hasta el presente en los habitantes del Caquetá son cuatro: La Andaquí, que hablan también los Aguanungas». Este informe está firmado en el pueblo de La Concepción del Putumayo el 17 de Septiembre de 1773, por los Misioneros Fray Bonifacio del Castillo, Fray Simón Méndez, Fray Roque Amaya y Fray Antonio Suárez¹⁵.

Las misiones de Andaquíes estaban recomendadas por real Cédula de 1756 a los Padres Franciscanos de Popayán, los cuales tenían a su cargo las del Caquetá y Putumayo. Al principio adelantaban poco por la inconstancia de los indios que les abandonaban las poblaciones después de fundadas con gran trabajo, llevándose las herramientas, géneros y demás dádivas con que procuraban atraerlos, corriendo muchas veces peligros de muerte los misioneros en estas retiradas.

Impuesto el gobierno de estos acontecimientos, dio convenientes disposiciones para fijar la inconstancia de los indios y procurar seguridad a los misioneros. Una de ellas fue nombrar un cabo con veinticuatro soldados para que los distribuyese a su arbitrio según la necesidad; porque de esta manera se había conseguido la estabilidad de cinco pueblos fundados entre las márgenes del río Fragua y Pescado, los cuales eran habitados por innumerables indios. Estas nuevas reducciones proporcionaron a los Misioneros el descubrimiento de un paso mucho más corto (téngase presente para cuando se hable de los caminos, digo Yo) que los antiguos para pueblo de San Francisco Javier de la Ceja que servía de escala para unas y otras¹⁶.

¹⁵ Del archivo privado del Autor.

¹⁶ Antonio B. Cuervo: *Colección de documentos inéditos* sobre la geografía e Historia de Colombia, Sección 2 tomo IV.

Este dato histórico tiene su importancia, porque hace mención de «cinco pueblos fundados entre las márgenes de los ríos Fragua y Pescado»; pues la casa de Lorenzo y de su mujer Lucía estaba en la margen izquierda del Pescado, donde, como se ha visto, vivió algún tiempo el Tribuno del Pueblo, y confirmaron los datos que recogí personalmente cuando daba misiones en esos lugares.

El último pueblo de los Andaquíes.

Cuando estuve de Capellán Militar en el Hospital de Primavera sobre el río Orteguaza, hablé detenidamente con la señora Magdalena Cuéllar, que hacía más de sesenta años que vivía en esa región. Al preguntarle sobre los indios Andaquíes me contestó que conocía el pueblo y los indios Andaquíes, los cuales, al saber que venía a ellos sacerdote de Pasto, se apresuraron a componer la capilla, limpiar el patio, etc.; y llegando el Padre echaban a volar las campanas. ¿Y en dónde están ahora? le pregunté. Se fueron río abajo y se dice que subieron el río Caquetá. Esta fue su respuesta.

También el señor Leonardo Cabrera, antiguo comerciante de caucho, me asegura que un indio Andaquí, que le servía de boga, le dijo que sus compañeros subieron por el río Caquetá.

Pero lo que más confirma que aún existen esos indígenas en las cordilleras, no muy distantes del pueblo de Limón, son las muchas noticias de los indios de este pueblo, que aseguran haber visto a algunos Andaquíes cuando han ido de cacería.

Vocabulario de la lengua Andaquí.

Fue publicado en el periódico **El Alto Magdalena**, que salió a la luz pública en el año 1854, en un artículo sobre «Las Regiones incultas del Oriente de Neiva». Al tratar sobre otros Clérigos, se habla del Presbítero Carlos Guerrero, Misionero del Caquetá, que escribió desde el pueblo de Solano el año de 1847.

El autor del precioso Vocabulario es el Padre Manuel Albis, sacerdote del Huila y lo trae el sabio Antonio B. Cuervo, en sus **Comentarios**¹⁷. Es el siguiente:

¹⁷ El Alto Magdalena, Neiva. 1845; y Antonio B. Cuervo, Comentarios de documentos inéditos, tomo iv, pp. 445, 446, 494 y 501.

Andaquí	Castellano	Andaquí	Castellano
Acai	Limón	Batonají	Plato
Ajivenaca	Muelas	Basují	Aquacero
Asajué	Dios	Benejé	Machete
Bafé	Guacamayo	Bojoca	Hacha
Basague	Culebra	Buguajay	Perdiz
Batana	Batea	Buyachanae	Dátil
Cachicae	Bagre	Chiguaco	Niño
Canchi	Trueno	Chiguae	Hijo
Canchiratué	Rayo	Chiguaga	Primo
Candejoche	Piña	Chimanaza	Guineo
Canjoró	Espejo	Chinara	Roca
Cañas	Genterrío	Chucame	Nutria
Caki	Sol	Cocoé	Bagre
Catugay	Ruana	Cofí	Achote
Chambonajo	Bofe	Cojoó	Casa
Chanare	Duro	Condefuí	Danta

Andaquí	Castellano	Andaquí	Castellano
Difiacay	Honda	Guatiyé	Piedra
Fiaguay	Mico (mono)	Guayojó	Lanza
Fianazari	Chaquira	Ijú	Hamaca
Fiaracuarejia	Coge	Icojjó	Bodoquera
Fian Sóme	Te quiero	Incí	Vamos
Fisanamá	Cera negra	Imbiná	Plata
Fisoñá	Estrella	Inday	Paujil
Gú	Diablo	Jijí	Agua
Guacejó	Canoa	Jiconojá	Viento
Guachagua	Relámpago	Jijí	Candela
Guagúana	Algodón	Jinae	Negro
Guaguajaví	Hilo	Josaesa	Calzón
Guajijé	Olla	Josó	Flauta
Guajero	Guadua	Lacayojó	Cacao
Guajó	Ají	Mandinifé	Calabaza
Guansuche	Barro	Mandisi	Sal
Guaso	Huevo		

Caminos

Para formarnos una idea de lo que sufría el adalid de la Independencia y su hijo Pedro al internarse en las selvas vírgenes de los Andaquíes, voy a decir algo de cómo eran los caminos de aquel entonces.

Antonio B. Cuervo en sus **Comentarios de documentos inéditos**, dice que el Padre Joaquín Barrutieta, Superior de los Franciscanos de Popayán, ordenó a Fray José Carvo que cuidara del pueblo de La Concepción del Putumayo, y buscara un camino más fácil y más corto para penetrar a las misiones del Caquetá y Putumayo; por cuanto el que pasaba por Popayán era sumamente pésimo y largo y se gastaba tres meses para llegar al último pueblo de la misión.

Fray José Carvo dio cumplimiento a dicha orden, y con el auxilio de los indios, después de muchos días de navegación por el Caquetá y el río Pescado, llegó al primer puerto, llamado El Mosco o la Loma del Mosco. Por allí, dejando las canoas, siguieron abriendo trocha hasta el pueblo de La Ceja, que era la escala de las misiones franciscanas. La abertura de este camino, que fue una verdadera odisea, se realizó el año 1763, y así se dejaron los otros caminos y se dejó éste, y es el mismo que actualmente practican los moradores del pueblo de Belén del Andaquí y los de La Ceja, hoy Acevedo.¹⁸

Otro dato: para entrar a las misiones del Caquetá y Putumayo, el Visitador Padre Huertas gastó muchos miles de pesos, buscando camino. Al fin eligió uno muy dilatado por Timaná, siendo el más corto el de Pasto, por el páramo de Bordoncillo. Pero ya no se podía entrar por éste, por cuanto el Rey de España, por causa del comercio ilícito de los portugueses, lo prohibió.¹⁹

Cómo debió ser el camino de Acevedo a los Andaquíes.

Al iniciar la fundación del pueblo del Andaquí, me vi obligado varias veces a recorrer las distintas veredas por donde vivían diseminados los antiguos comerciantes del caucho. Siendo el camino que conducía a La Ceja de pésimas condiciones, me interesaba hacerlo componer para que pudieran salir los de Belén a procurarse lo necesario, y los de La Ceja a abrir fincas, por sus terrenos muy feraces para la agricultura. Resolví entonces salir hasta La Ceja a buscar gente que me ayudara a componer la vía.

¹⁸ Fray Gregorio Arcila Robledo: *Obra Civilizadora de la Iglesia en Colombia*.

¹⁹ *Viajes Misioneros de R.P. Fray Fernando de Jesús Larrea*, pág. 307

Era el 2 de febrero de 1917 cuando emprendí el viaje, acompañado de varios hombres de buena voluntad. Como me dijeron que a trechos se podía cabalgar, me busqué un caballo, pues no es pequeño Consuelo, andando por esos fragosos caminos, poder montar en un jamelgo siquiera por breves momentos.

Hasta el comienzo de la Loma del Mosco ²⁰ pude llegar sin mayor contratiempo, pues sólo recibí algunos rasguños en las manos, en la cara y no pocos desgarros en el hábito, ocasionados por unas zarzas, a las que llaman **cariño de suegra**.

—Esta subida, Padre, me dijeron, hay que subirla a pie, porque es muy peligrosa y se puede derrumbar el caballo.

Al punto obedecí y descabalgué para continuar por peñas, derrumbos y raigones. Tomé un poco de aliento y luégo: montes y valles van, tajos y barrancos vienen, altibajos por todas partes; aquí subiendo por la orilla del Pescado, allá perdiéndolo de vista, y siempre bajando y trepando de risco en risco. Por fin pude coronar la primera cuesta y después de muchos gateos llegué a un sitio que, con bastante agravio a la verdad, era llamado El Llano.

—Aquí, Padre, podemos descansar un rato y comer el fiambrecito.

—Es indispensable descansar, les contesté.

Y entretanto que ellos buscaban un tronco o algún apoyo para colocar los bultos que llevaban en las espaldas, yo me tumbé de largo en largo sobre un poco de césped que había a la vera de la trocha. Cerré los ojos, me cubrí la cara con un pañuelo para evitar las picaduras de los mosquitos y la molestia de las abejas. Mientras entretenía a mis miembros fatigados con un pequeño descanso, sentía fuertes latidos en el corazón, que repercutían al mismo tiempo en las sienas.

—Será bueno, Padre, que sigamos, porque es peligroso que nos coja la noche antes de llegar a Los Ángeles (caserío en donde debía demorarme para dar unas misiones), y parece también que va a llover.

Tomé algo de fiambre y puse en los bolsillos de los zamarros un pedazo de panela, para tomar

²⁰ *Anales Religiosos de Colombia*, Bogotá, 1884. En ellos se dice que hasta este lugar llegaban las canoas de los Franciscanos que surcaban el Río Pescado.

agua en la quebrada de El Cacao, pues la sed que llevaba era devoradora.

Poco más o menos así era el camino hasta llegar a La Ceja; y debió ser peor cuando lo anduvo José Acevedo Gómez. Omito los nombres de las quebradas que se pasan, porque las nombraremos al hacer la relación de la entrada del Tribuno del Pueblo. En cambio tengo un hecho personal de gratísimos recuerdos y, confiando en la benevolencia de mis lectores, lo voy a consignar:

El 2 de Marzo del mismo año salimos de La Ceja con los peones que me acompañaban, pero esta vez con más comodidades y menos dolores de riñones. Llegamos al principio de la cordillera andina y yo preferí seguir a pie con el fin de evitar caídas peligrosas. Serían las tres de la tarde y resolvimos suspender la marcha para tener tiempo de levantar ranchos. El sitio elegido para pasar la noche fue El Roble, y la elección fue bien acertada por encontrarse a profusión los materiales para las efímeras estacadas. Se levantaron en número de 14 y mientras las fabricaban yo hacía arreglar el altar para celebrar la Misa del día siguiente.

La noche se iba acercando y los rayos del sol nos herían desde el ocaso, penetrando por entre los robles y cedros, semejantes a largas espadas de fuego. La brisa, por ser demasiado fría, nos molestaba mucho, y para contrarrestarla todos se dieron prisa a encender hogueras, que al mismo tiempo nos sirvieron para preparar la cena. Terminada ésta, comenzamos el rezo del santo rosario para impetrar bendiciones del cielo por mediación de la Madre de Dios.

Al poco tiempo de haber despuntado el alba y ser recreados por los rayos del sol naciente, la naturaleza nos presentó un bellissimo espectáculo: Ella, en reemplazo de los demás, lo decía todo, lo cantaba y expresaba todo. Ella sola era armonía, luz, elocuencia y poesía. Y a medida que se iba levantando el astro-rey, iba también aumentando la belleza del cuadro y en nosotros la admiración y gratitud hacia el Ser y Creador de toda hermosura. Hasta las nieblas iban acrecentando la belleza de aquel paisaje, por cuanto surgían de las grandes hondonadas, por donde regatos y riachuelos se arrastraban misteriosamente y escondidos, y a merced de los vientos, las nubes se elevaban formando grandes montañas, que luego se cernían por los picos de las cordilleras, quedando colgadas como si fueran grandes vellones de blanca lana.

Pero el broche de oro de todas esas bellezas fue el incruento sacrificio de la Misa, celebrada, acaso por primera vez en toda la cima de los Andes. Estoy persuadido que al comenzarla debieron bajar del cielo los serafines y asistir adorando cubiertos sus rostros con sus alas. Así lo afirma San Juan Crisóstomo cuando dice: «Cuando el Cordero de Dios se inmola, los Serafines asisten cubiertos con

sus alas»²¹

Primera entrada de Acevedo a las selvas de los Andaquíes.

Después de comunicarle su resolución a su esposa, y de darle el último adiós, partió con su hijo mayor Pedro y con un negro como guía, para las regiones del sur de la república.

Llegaron a Neiva, y de allí se dirigieron a Timaná, y antes de internarse en la selva, en el último lugar de la provincia, despidió el negro que le acompañaba, con unos encargos para su familia, que el negro no obedeció en vista de sus malévolos planes.

Cargando con provisiones de oro y objetos con qué obsequiar a los indios, Acevedo y Pedro se internaron en las selvas de los Andaquíes. Al cabo de tres días avistaron un rancho de indios, en donde, gracias a la benevolencia del intérprete de aquella tribu, de nombre Tonavirí, pudieron permanecer tres semanas²².

Debo advertir que este documento no hace mención del pueblo de Suaza; sino que dice «antes de internarse en la selva, en el último lugar de la provincia, despidió al negro que lo acompañaba». Por lo tanto debió ser La Ceja el último pueblo que dejó antes de penetrar en la región de los Andaquíes, según mi modo de pensar. Esto está de acuerdo con los datos que adquirí cuando estuve en La Ceja.

Segunda entrada del Tribuno con su hijo Pedro.

Viendo que era imposible su estadía entre los salvajes, emprendieron viaje con dirección a Suaza, y al tercer día llegaron al citado pueblo. Después de informarse del estado de las cosas y de las fatales noticias de los pacificadores, de acuerdo al parecer del cura de Suaza, resolvió nuevamente internarse en la selva con un guía que el mismo párroco le facilitó, llamado Ávila.

Emprendieron camino de la selva y como iban cargados y no querían caminar de día, para que tal vez no fueran observados por algún cazador, tardaron dos días en llegar al punto señalado: Una cueva oculta entre la maleza, donde el guía depositó las provisiones y dejó a sus compañeros,

²¹ San Juan Crisóstomo. De *Sacerdotio*, Lib. VI.

²² A. León Gómez: *El Tribuno* de 1810, pág. 9, 19.

quedando comprometido a visitarlos con frecuencia²³.

Historia de esta cueva.

El nombre de esta cueva ha pasado de generación en generación con el aditamento de **La Cueva de Acevedo**. Así la llaman los moradores de Belén del Andaquí, los de Los Ángeles, Aquisayá, y aun los de La Ceja, que no conocen estos lugares. Fue para mí el origen del descubrimiento del sitio donde fue sepultado el Tribuno del Pueblo. Veámoslo.

En dos ocasiones me vi obligado a pernoctar en esta cueva, cuando andaba haciendo componer el camino que lleva de Belén a La Ceja. Nos cogió la noche antes de encontrar el rancho visto a las orillas de la quebrada Las Verdes, y como en aquel entonces no había otra casa, tuvimos que refugiarnos en ella.

Por los años de 1945, estando con mis compañeros dentro de dicha cueva, hice rodar la conversación sobre Acevedo Gómez, preguntándoles si sabían dónde lo enterraron. Después de oír varias hipótesis de unos y de otros, habló uno de ellos y me dijo:

—Padre, sólo la señora Reyes Anturí sabe el lugar donde enterraron a ese señor.

—¿Y en dónde vive la señora Reyes?, fue lo primero que se me ocurrió preguntarle.

—Vive en casa de sus nietos, cerca del puente del río Pescado, me respondió.

Con esta noticia toda mi preocupación fue hablar personalmente con la tal señora. Pero antes de contar lo que supe de sus propios labios, quiero hacer una pequeña descripción de la histórica cueva.

Estoy de acuerdo con lo que dice el señor Adolfo León Gómez, que los fugitivos tardaron dos días en llegar al punto señalado: «Una cueva oculta dentro de la maleza». Y esos dos días debieron ser desde el pueblo de La Ceja y no desde Suaza; pues no realizarían el viaje en dos días por estar muy distante y ellos caminaban solo durante la noche.

La cueva está formada por un enorme pedregón, más alto que largo, y dentro de ella pueden caber cómodamente cinco personas.

²³ Obra Citada, Pág. 19, 27.

Al principio se me ocurrió, la duda de que aquella cueva no debía ser un lugar propio para un escondrijo, por cuanto se halla en toda la vera de la trocha. Pero pronto me convencí de lo contrario, cuando me dijeron que el camino antiguo no pasaba por allí, y en una compostura que le hicieron se practicó una variante, que es la que pasa actualmente tocando la cueva.

Lo que supe de la señora Reyes Anturí.

Cuando entré en la casa de aquella buena señora, sabiendo que pasaba de los cien, años, me llamó mucho la atención al verla fuerte y robusta como un roble y tan fina de oído que parecía un niño.

Después del campestre saludo que se acostumbra con los sencillos campesinos, iniciamos el siguiente diálogo:

— ¿Es cierto, señora Reyes, que tiene cien años?

—Más tengo, su mercecita, me respondió.

— ¿Cuántos tiene?

—Tal vez tengo ciento veinte.

— ¿Es verdad que usted sabe en dónde enterraron a un señor llamado José Acevedo y Gómez?

—Sí, su mercecita, yo lo sé.

Le ruego me cuente todo lo que sabe de ese señor, especialmente del sitio donde fue enterrado porque fue un señor muy importante, de los mejores patriotas de Colombia.

—Con gusto le contaré lo que vi y me contó mi taita (sic).

Cuando yo era pequeñita, mi taita me trajo de La Ceja a estos lugares, en donde teníamos unas familias. Al llegar a la quebrada de Las Verdes nos sentamos a descansar y mientras comíamos nuestro fiambrecito, mi taita me mostraba el lugar donde habían enterrado a ese señor, de que me habla su mercesita. Más todavía le cuento: siendo Yo ya mujer grande, volví a ese lugar y creo que no lo han desenterrado.

Así terminó nuestro diálogo. Yo me apresuré a escribir un artículo en **El Siglo** el día 14 de Agosto de 1945, en el cual narraba todo lo que supe acerca de la sepultura del Tribuno del Pueblo²⁴.

²⁴ Véase P. Jacinto M^a de Quito: *Dónde están los restos de Acevedo y Gómez*, en 3^a página literaria de *El Siglo*, sábado 14-VIII-1945.

No está por demás advertir que la señora Reyes Anturí (apellido Andaquí), fue casada una sola vez y tuvo catorce hijos entre hombres y mujeres y 82 nietos.

Ríos, quebradas y sitios que debió pasar José Acevedo.

No pretendo ser el primero que enumera detalladamente los sitios por donde penetraron padre e hijo hasta llegar a la casa de Lorenzo Cuéllar en las selvas de los Andaquíes. Lo hago con especial interés, por cuanto en los varios mapas que he visto de esta región no ponen sino el río Pescado.

En mis giras apostólicas varias veces he seguido, por decirlo así, las huellas de nuestros héroes; he pernoctado en la misma cueva donde buscaron refugio; dos veces pasé la noche en casa de Crisóstomo Cuéllar, hijo de Lorenzo Cuéllar, y los antiguos moradores de estos lugares me han asegurado que allí mismo estuvo la casa de su papá, donde murió José Acevedo Gómez.

Empezando desde el pueblo de La Ceja (hoy Acevedo), desde donde, como se ha visto, los dos perseguidos comenzaron su viacrucis, pasaron por los lugares siguientes:

El río Suaza;

La planada llamada Las Marticas, no Las Míticas;

Otra planada que se denomina Las Mesitas;

A poco andar llegaron al pie de la cordillera de los Andes.

Se gasta más de una hora para llegar a la parte menos elevada, que se llama El Roble, por haber allí muchos árboles de esta clase. El geógrafo Felipe Pérez pasó por este lugar y dice estar a 2.000 metros sobre el nivel del mar. Creo que es la parte más baja de la cordillera en este lugar, pues conozco los Andes pasando de Pasto al Encanto y de Florencia a Guadalupe.

La bajada de los Andes se llama La Paramillo, y ahí tiene sus fuentes la quebrada del mismo nombre;

La quebrada Finagá, afluente de La Paramillo;

La quebrada las mazamorras, afluente como la anterior de La Paramillo, pero por la banda izquierda;

La quebrada llamada Paso del Medio, bastante caudalosa;

La quebrada Las Esmeraldas, que se une al Paso del Medio por la margen derecha;

La quebrada Las Verdes, que baja también por la derecha.

Después de Las Verdes hay una bajada suave y corta, y luego se llega a la casa de Lorenzo Cuéllar, donde se hospedó Acevedo.

Como en varios documentos, especialmente en los del doctor Adolfo León Gómez, aparece el nombre del río Jesús o Niño Jesús, tomé el mayor interés por saber cuál era y dónde estaba. Encontrándome por esos mismos lugares, pregunté más de una vez sobre ello a los moradores y conocedores de la región. Pero todo fue tiempo perdido, porque nadie supo darme noticia. En dos ocasiones estuve en casa de la numerosa familia Balbuena, que tenía la habitación muy cerca de la de Lorenzo, y tampoco supieron el nombre de dicho río.

En cambio muchos me aseguraron que entre la quebrada Las Esmeraldas y Las Verdes hay un riachuelo de aguas cristalinas, pero no tiene nombre. La opinión de muchos fue que tal vez Acevedo Gómez le puso el nombre del Niño Dios, lo que no es difícil creer por tratarse de un hombre creyente a carta cabal.

Finalmente los señores Juan Carvajal y su sobrino Luis Carvajal, que conocen palmo a palmo el camino de La Ceja hasta donde murió el Tribuno del Pueblo, me han asegurado que varias veces vieron el paseo, de que hace mención el citado escritor Adolfo León Gómez, cuando dice: «Frente al rancho construyeron un paseo de unos 50 metros»²⁵. Y ellos mismos afirman que estaba un poco más abajo de la cueva.

Muerte de José Acevedo Gómez.

Antes de relatar la cristiana muerte del Tribuno del Pueblo, creo que se pueden muy bien aplicar a ella las palabras del Espíritu Santo, cuando dice: «Preciosa es en la presencia del Señor la muerte de sus santos»; respetando empero, siempre el juicio de la Iglesia Católica.

El ilustre escritor Adolfo León Gómez, en su obra *El Tribuno* de 1810 ha historiado con muchísimos pormayores y pormenores los últimos momentos del prócer de la Independencia. De la misma entresacamos los siguientes interesantes trechos:

La morada de los negros se componía de tres chozas, en una de las cuales se colocaron los huéspedes. Como Acevedo había llegado abatido por el hambre enfermó gravemente. Al ver que su vida estaba en peligro, se practicó una sangría que empeoró su enfermedad. También Pedro se

²⁵ Véase P. Jacinto M^a de Quito: *Donde están los restos de Acevedo y Gómez*, en 3^a página literaria de *El Siglo*, sábado 14-VIII- 1945.

sintió enfermo con fiebres en repetidas ocasiones, a pesar de los buenos cuidados que Luisa Cuéllar, esposa de Lorenzo, les prodigaba.

Todo el tiempo que Acevedo y Pedro habían permanecido en la selva, era un constante diálogo que conmovía a la familia de Lorenzo.

En la mañana del 2 de mayo de 1817 llamó Acevedo a Pedro y le dijo: Hoy hace un año, di el último abrazo a tu mamá, quien rezará por mí... Hoy me separo de ti, mi amado hijo, mi fiel compañero, mi dulce consolador. No llores, pídele al Señor que me perdone y que se digne ser el Padre de ésa crecida familia de huérfanos que dejo hoy abandonados en este valle de miserias... Mi Pedro, no te alucines. Yo te hablo lo que te aflige, porque es preciso. Hoy me voy del mundo, y tú quedas embargado de obligaciones muy importantes y sagradas. ¡Adiós, hijo mío! Yo te bendigo, añadió con tono solemne y voz entera y calmada. Te bendigo en nombre de la Santísima Trinidad; te recomiendo que seas siempre virtuoso, que cuides a tu madre y eduques a tus hermanos.

— ¡Mi amado papá! exclamó Pedro con angustia. ¿Se irá usted de mí?

—Sí, mi buen hijo, y esta cruel despedida me hace conocer cuánto es lo que se ofrenda en el altar de la Patria, cuando se pronuncia juramento de ser libre o morir. Hijo querido, no olvides nunca mis consejos, no abandones la santa causa de la independencia a que hemos servido, y persuádate de que después del conocimiento de Dios, de las virtudes y de un nombre honrado y sin mancha entre sus conciudadanos, el bien más precioso para el hombre es la libertad.

La voz de Acevedo empezó a debilitarse, y llamó, a Lorenzo.

—Ven amigo, le dijo. Ayuda a mi alma, que lucha con pena para separarse de este cuerpo ya casi destruido.

Entonces tomó el venerable negro el libro piadoso en que leía frecuentemente. Con voz clara y pausada decía el Miserere y Acevedo repetía en voz baja las palabras del salmo sagrado. Entretanto Pedro, puesto de rodillas, temblando con el frío violento de las tercianas y con la cabeza inclinada, cubría de besos y de lágrimas la mano casi helada de su padre.

Cuando Lorenzo concluyó su lectura hacía ya algunos instantes que el alma del noble prócer reposaba en el seno de Dios. El negro puso su mano sobre la frente helada, y dijo: Descanse en paz con los justos.

En aquel momento Pedro se quedó agobiado por el espacio de unas cinco horas; al cabo de las cuales despertó encontrando a su padre en medio de la choza, Sobre una estera de paja estaba colocado el cuerpo, blanco como el marfil, con una pequeña cruz sobre el pecho, alumbrado con cuatro velas, y al pie Luisa y sus tres hijos varones, que rezaban con devoción y recogimiento por el alma del huésped. Aquel espectáculo hizo estremecer a Pedro. Corrió a abrazar el helado cadáver, gritando: ¡Dios mío! ¡Esto es todo cuanto me queda de mi amado padre!... ¡Está helado! ¡La fiebre que me devora no alcanza a comunicarle ni un átomo de calor!

Los compasivos negros lloraron largo rato con él; pero al fin Lorenzo le dijo: Cumplamos, amigo mío, la voluntad de Dios y la del difunto. Demos sepultura a este cuerpo.

—Sea, respondió Pedro, levantándose y enjugándose los ojos, después de haber aplicado un beso respetuoso sobre los pálidos labios de su padre.

Entonces Luisa y su esposo colocaron el cadáver sobre unos maderos y lo cargaron sobre sus hombros. Los niños y Pedro tomaron las velas y todos se encaminaron a una colina inmediata. Allí, debajo de unos árboles, elevados y frondosos, había cavado Lorenzo la sepultura del caballero.

El buen negro regó con algunas flores silvestres el fondo de la fosa, y, ayudado por su mujer colocó en ella el cuerpo; mas antes de cubrirlo con tierra, dirigiéndose a Pedro, le dijo:

—Amo mío, ahora vuelva su merced una mirada postrera sobre este rostro, donde está pintada la paz de los ángeles, ofrézcale su pena a Nuestro Señor Jesucristo, y todos repitan conmigo las oraciones que Nuestra Santa Madre la Iglesia reza por los difuntos.

Pedro dio un doloroso gemido y se dejó caer de rodillas. Luisa y los niños se arrodillaron también, y todos rezaron con voz trémula y cortada de sollozos las oraciones que leía Lorenzo de pie, con acento piadoso y conmovido. Al fin la tierra cubrió el cuerpo del mártir de la Libertad y de la Patria, y los hijos de Luisa desgajaron ramas que arrojaron sobre aquella tumba solitaria y humilde. Lorenzo cavó un hoyo hacia la cabecera, para colocar una tosca cruz de madera, que había labrado desde que previo aquel lamentable suceso, y ayudado por su mujer, sus niños y el infeliz huérfano, la puso en el sitio designado. Pedro permaneció largo tiempo apoyado sobre el brazo de la cruz exhalando tristes suspiros y dejando correr su llanto sobre aquella tierra que robaba a sus ojos el objeto más amado de su corazón. El sol se había puesto cuando Pedro regresaba a su habitación.

Al amanecer del siguiente día visitó por última vez la tumba solitaria de su padre, y al separarse de aquel lugar sagrado, besó la cruz diciendo: Cúbrela con tus alas, Madre de salvación.

Después de recompensar con prodigalidad a toda la familia, y en obediencia a una carta que su padre le dejó debajo de la almohada antes de morir, marchó con Lorenzo de aquellas soledades.

Al tercer día avistaron el pueblo de Suaza, y allí el negro se despidió con verdadero pesar del triste huérfano, prometiéndole orar siempre con su familia sobre el sepulcro de don José Acevedo²⁶.

Yo conocí a un hijo del citado Lorenzo, llamado Crisóstomo Cuéllar. Tenía la casa en la banda izquierda del río Pescado, precisamente donde vivió su padre y en donde murió el Tribuno del Pueblo. En Florencia vivía un nieto de Lorenzo, de nombre Moisés Cuéllar, por los años de 1945.

Conclusión.

Sobre la tumba de Acevedo dice Adolfo León Gómez: «El lugar donde fue enterrado don Andrés (este nombre adoptó Acevedo cuando estuvo escondido en las selvas), existe todavía sin que nadie, después de treinta años, lo hubiera removido»²⁷.

Después de los muchos datos que han venido a mis manos sobre la muerte y sepultura del adalid de la Independencia, creo, con fe de carbonero, que sus restos mortales se encuentran ahí en el lugar donde señaló Luisa de Cuéllar, de que hemos hecho mención. Creo asimismo que se encuentran en el sitio puntualizado por la señora Reyes Anturí.

Opino también que en vez de cavar en forma de cruz cuadrada, se cave en sentido circunferencial. La Comisión de la Sexta Brigada, compuesta de los Mayores José V. Neira y Moré y de doce soldados, que fue acompañada por el Misionero Capuchino, Reverendo Padre Pascual de Castellar, practicó las excavaciones en dicha forma de cruz cuadrada, sin obtener el resultado que se esperaba.

Por último, es indispensable llevar a algunos de los nietos de la señora Reyes, por ejemplo, a José Hilario Herrera Anturí, a Leandro Barrera Anturí, y a una hija de ésta, que acompañó a su abuela, todos los cuales podrían dar datos muy precisos sobre asuntos que tanto debe interesar a los amantes de la patria colombiana.

El suscrito, que no es colombiano, sino de la tierra de García Moreno, ha tomado tanto interés para escribir estas líneas. Mayor debe ser el de los colombianos, para que no se quede en la fría losa del

²⁶ Adolfo León Gómez, pág. 40-41.

²⁷ *Ibíd*:pág 43.

olvido el gran patriota que juró la Independencia ante la bendita imagen de Jesucristo y puestas las manos sobre el sagrado libro de los Evangelios.

Mocoa, 20 de enero de 1952.

